

COMENTARIO
EXEGÉTICO Y
EXPLICATIVO DE
la Biblia



TOMO I:
El Antiguo Testamento

ROBERTO JAMIESON
A.R. FAUSSET
DAVID BROWN

COMENTARIO EXEGÉTICO Y EXPLICATIVO DE LA BIBLIA

Tomo 1: EL ANTIGUO TESTAMENTO

Por

Roberto Jamieson, D. en D.

A. R. Fausset, M. en A.

David Brown, D. en D.

Traductores

Jaime C. Quarles

Lemuel C. Quarles

José M. Rodríguez

Juan B. Garaño

Francisco Macías

EDITORIAL MUNDO HISPANO

Editorial Mundo Hispano

7000 Alabama Street, El Paso, Texas 79904, EE. UU. de A.
www.editorialmundohispano.org

Nuestra pasión: Comunicar el mensaje de Jesucristo y facilitar la formación de discípulos por medios impresos y electrónicos.

Comentario exegético y explicativo de la Biblia. Tomo I. © Copyright 2015, Editorial Mundo Hispano, 7000 Alabama Street, El Paso, Texas 79904, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción o transmisión total o parcial, por cualquier medio, sin el permiso escrito de los publicadores.

Primera edición 2015
Clasificación Decimal Dewey: 221.7
Tema: Biblia. AT – Comentarios

ISBN: 978-0-311-03002-5
EMH Núm. 03002

500 7 15

Impreso en Colombia.
Printed in Colombia

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN EN CASTELLANO

Superando las dificultades que son inherentes en una obra de esta naturaleza, sale a la luz el COMENTARIO DE JAMIESON, FAUSSET Y BROWN, en castellano, editado conjuntamente por la Casa Bautista de Publicaciones, de El Paso, Texas, y la Junta Bautista de Publicaciones, de Buenos Aires; la primera, encargándose de la impresión, y la última, de la traducción. Aparece en dos tomos, El Antiguo Testamento primero, y luego, tan pronto como sea posible, el Nuevo Testamento.

Sentimos una profunda gratitud a los hermanos Quarles por la revisión de las traducciones y por los libros directamente vertidos por ellos. El señor Jaime C. Quarles fué responsable por la traducción del comentario sobre los siguientes libros de la Biblia: Génesis, Exodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, Jueces, Rut, 1o. y 2o. de Samuel, 1o. y 2o. de Reyes, 1o. y 2o. de Crónicas, Esdras, Nehemías, los Cuatro Evangelios, 2a. a los Corintios, Gálatas, Colosenses, 1a. y 2a. a los Tesalonicenses, 1a. y 2a. a Timoteo, Tito y Filemón. El Sr. Lemuel C. Quarles ha traducido los de Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantares, Hechos, Romanos, 1a. a los Corintios, Filipenses, Hebreos, Santiago, 1a. y 2a. de Pedro, 1a. y 2a. y 3a. de Juan, Judas, y el Apocalipsis.

A la Junta de Misiones Foráneas de la Convención Bautista del Sur agradecemos su ayuda financiera, sin la cual esta obra no hubiera sido posible. Y extendemos nuestro agradecimiento a los demás traductores que cooperaron en la tarea. El Sr. José M. Rodríguez tradujo el comentario sobre Isaías, Jeremías y Lamentaciones; el Sr. Juan B. Garaño tradujo la parte que corresponde a las profecías de Ezequiel y Daniel; y el Sr. Francisco Macías fué responsable por la traducción del comentario sobre los siguientes libros: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías.

Los versículos de la Biblia que aparecen en este libro en tipo negro siguen la redacción de la Versión de Cipriano de Valera (Reina-Valera); pero ya que en la Nueva Versión Revisada de Valera que aparecerá próximamente se usa el método moderno de escribir los nombres propios, hemos optado por escribirlos de esta manera en los comentarios de los versículos.

Esperamos que estos libros llenen una necesidad que se ha manifestado en muchas ocasiones. Existen comentarios sobre la Biblia, pero constan de muchos tomos generalmente, mientras que en estos dos tomos encontramos comentarios sobre toda la Biblia, aprobados por muchos años de uso constante de parte de predicadores de renombre y estudiantes de las Sagradas Escrituras.

Los Editores

PREFACIO AL PENTATEUCO Y LOS LIBROS HISTÓRICOS

El Pentateuco, el nombre por el cual se designan los cinco primeros libros de la Biblia, se deriva de dos palabras griegas, *pente*, cinco, y *teuco*, volumen, o tomo, significando así el volumen quíntuplo. Originalmente estos libros formaban una obra continua, como todavía en los manuscritos hebreos están unidos en un solo rollo, sin división. Cuándo fueron divididos en cinco porciones, con títulos propios de cada parte, no se sabe, pero es evidente que la distinción data del tiempo de la traducción *Septuaginta*, o antes. Los nombres que estos libros llevan en nuestra versión, son tomados de la *Septuaginta*, y eran usados por aquellos traductores griegos como descriptivos de los temas principales, y el contenido más importante de los distintos libros. En las Escrituras posteriores frecuentemente están comprendidos bajo la designación general de *La Ley*, *El Libro de la Ley*, puesto que el dar un relato detallado de los preparativos para el divino código y la entrega del mismo con todas las instituciones civiles y sagradas que eran peculiares a la economía antigua, es el objeto al cual son exclusivamente dedicados dichos libros. Siempre han sido colocados al principio de la Biblia, no sólo por causa de su prioridad cronológica, sino porque forman una introducción apropiada e indispensable a los demás libros sagrados. Las referencias frecuentes hechas en las Escrituras posteriores, a los acontecimientos, al ritual y doctrinas de la antigua dispensación, no sólo habrían perdido mucho de su propósito y significado, sino que habrían quedado absolutamente ininteligibles sin la información que contienen estos cinco libros. Ellos constituyen el cimiento o base sobre el cual descansa todo el edificio de la revelación, y el conocimiento de la autoridad e importancia que hay en ellos, ampliamente dan la razón de los ataques porfiados que los infieles han hecho contra estos libros, como también del celo y ardor que en su defensa han desplegado los amigos de la verdad.

El origen mosaico del Pentateuco está establecido en las voces concordantes tanto de la tradición judaica como de la cristiana; y su testimonio unánime es apoyado por el carácter interno y las declaraciones de la obra misma. Que Moisés guardó un relato escrito de las transacciones importantes relacionadas con los israelitas, está atestiguado por su propia afirmación expresa. Porque al relatar la victoria sobre los amalecitas, que se le mandó por autoridad divina registrar, el lenguaje empleado—“Escribe esto para memoria en un libro (*Hebreo*, el libro),”—demuestra que aquel relato había de formar parte de un registro ya en formación, y varias circunstancias se combinan para probar que aquel registro era una historia continua de la especial bondad y del cuidado de la Providencia divina en la elección, protección y dirección de la nación hebrea. Primero, las repetidas afirmaciones de Moisés mismo de que los acontecimientos que diversificaban la experiencia de aquel pueblo, eran escritos a medida que sucedían (véase Exodo 24:4–7; 34:27; Números 33:2). Segundo, hay los testimonios encontrados en distintas partes de los libros históricos posteriores al Pentateuco de que era obra bien conocida y familiar a todo el pueblo (véase Josué 1:8; 8:34; 23:6; 24:26; 1 Reyes 2:3, etc.). Tercero, hallamos en las obras de los profetas frecuentes referencias a los hechos registrados en los libros de Moisés (comp. Isaías 1:9 con Génesis 19:1; 12:2 con Exodo 15:2; 51:2; con Génesis 12:2, 54:9; con Génesis 8:21, 22; Oseas 9:10 con Números 25:3; 11:8 con Génesis 19:24; 12:4 con Génesis 32:24, 25; 12:12 con Génesis 28:5; 29:20; Joel 1:9 con Números 15:4–17; 28:7–14; Deuteronomio 12:6, 7; 16:10, 11; Amós 2:9 con Números 21:21; 4:4 con Números 28:3; 4:11 con Génesis 19:24; 9:13 con Levítico 26:5; Miqueas 6:5 con Números 22:25; 6:6; con Levítico 9:2; 6:15 con Levítico 26:16, etc.). Cuarto, el testimonio de Cristo y los apóstoles se presta repetidas veces en favor de los libros de Moisés (Mateo 19:7; Lucas 16:29; 24:27; Juan 1:17; 7:19; Hechos 3:22; 28:23; Romanos 10:5). En realidad las referencias son tan numerosas, y los testimonios tan distintamente encaminados a sostener la existencia de los libros mosaicos al través de toda la historia de la nación judaica, y la unidad de carácter, designio y estilo de estos libros es tan claramente perceptible, a pesar de las afirmaciones racionalistas de que forman una serie de trozos distintos y sin conexión; que puede decirse con toda seguridad que hay evidencia inmensamente más sólida y más variada en prueba de que son de la mano de Moisés, que la evidencia de que cualquiera de las obras clásicas griegas o romanas sean la producción de los autores cuyos nombres llevan. Pero, aunque reconocemos que el Pentateuco fué escrito por Moisés, se suscita una cuestión importante, de si los libros que lo componen han llegado hasta nosotros en una forma auténtica; si los tenemos genuinos y enteros tal como salieron de las manos del autor. En contestación a esta pregunta, podría ser suficiente decir que, en las repeticiones públicas y periódicas de la ley en las solemnes asambleas religiosas del pueblo, las que indican la existencia de ejemplares numerosos, se hacía provisión para conservar la integridad del “Libro de la Ley.” Pero además de esto, dos hechos notables, uno de los cuales sucedió antes del cautiverio, y el otro después, proveen una evidencia concluyente de lo genuino y la autenticidad del Pentateuco. El primero es el descubrimiento en el reinado de Josías del ejemplar autógrafo que había sido depositado

por Moisés en el arca del testimonio, y el segundo es el cisma de los samaritanos, quienes levantaron un templo en el Monte Gerizim, y quienes, apelando a la ley de Moisés como la norma de su fe y culto igualmente con los judíos, vigilaban con cuidado celoso toda circunstancia que pudiera afectar la pureza del relato mosaico. Hay, pues, la razón más poderosa para creer que el Pentateuco, como existe en la actualidad, es substancialmente igual a como salió de las manos de Moisés. La aparición de una mano posterior, es verdad, se nota en el relato de la muerte de Moisés al final de Deuteronomio, y en algunas pocas interpolaciones, como la inserción de nombres de lugares cambiados, que habrían sido hechos por Esdras, quien revisó y corrigió la versión de las antiguas Escrituras. Pero substancialmente el Pentateuco es la obra genuina de Moisés, y muchos, que alguna vez impugnaban su pretensión a tal carácter, y lo miraban como producto de una edad posterior, se han visto obligados, después de una completa investigación, sin prejuicios, del asunto, a confesar su convicción de que se puede confiar plenamente en su autenticidad.

Admitiéndose lo genuino y la autenticidad del Pentateuco, siguen como consecuencia necesaria la inspiración y la autoridad canónica de la obra. El acceso de Moisés al privilegio de la comunión frecuente y directa con Dios (Exodo 25:22; 33:3; Números 7:89; 9:8); sus declaraciones repetidas y solemnes de que él hablaba y escribía por mandato de Dios; la sumisión reverente que era tributada a la autoridad de sus preceptos por todas las clases del pueblo judío, inclusive el rey mismo (Deuteronomio 17:18, 27:3); y el reconocimiento de la misión divina de Moisés por los escritores del Nuevo Testamento, todo prueba el carácter inspirado y la autoridad de sus libros. El Pentateuco poseía los derechos más grandes a la atención del pueblo judaico, porque formaba la norma de su fe, la regla de su obediencia, el registro de todo su plan de acción civil y religioso. Pero es interesante e importante a todo ser humano, en vista de que, además de revelar el origen y el temprano desarrollo del plan de la gracia divina, es el manantial de todo conocimiento auténtico que da la verdadera filosofía, historia, geografía y cronología del mundo antiguo. Finalmente, el Pentateuco “es indispensable a la revelación entera contenida en la Biblia; porque siendo el Génesis el prefacio legítimo a la ley; siendo la ley la introducción natural al Antiguo Testamento; y siendo todo esto el preludio a la revelación del evangelio, no habría podido omitirse. Lo que son los cuatro Evangelios al Nuevo Testamento, lo son los cinco libros de Moisés al Antiguo Testamento.

GÉNESIS, el libro del origen o producción de todas las cosas, consiste en dos partes: la primera, comprendida en los caps. 1-11, da una historia general; la segunda, contenida en los capítulos siguientes, da una historia especial. Las dos partes están esencialmente unidas; la una, que empieza con el relato de la descendencia de la raza humana de una sola pareja, la introducción del pecado en el mundo, y el anuncio del plan de la misericordia divina para reparar las ruinas de la caída, fué necesaria para preparar el camino para la otra parte, es decir, el llamamiento de Abraham y la selección de su descendencia para llevar a cabo los benévolos propósitos de Dios. Una evidente unidad de método, pues, hay a través de todo este libro, y la información en él contenida era de la mayor importancia para el pueblo hebreo, porque sin él ellos no habrían podido entender las frecuentes referencias en su ley a los propósitos y a las promesas de Dios acerca de ellos mismos. Los argumentos ya presentados para apoyar el origen mosaico del Pentateuco, naturalmente prueban que Moisés fué el autor de Génesis. Los pocos pasajes en que los racionalistas basaban sus afirmaciones de que era la composición de una época posterior, ya hemos mostrado con éxito que no merecen semejante conclusión. El uso de palabras egipcias y el conocimiento minucioso de la vida y las costumbres egipcias, manifiesto en la historia de José, están de acuerdo con la educación de Moisés, y sea que recibiera su información por revelación directa, o de la tradición, o de documentos escritos, nos llega a nosotros como la obra auténtica de un autor que escribía de la manera que era inspirado por el Espíritu Santo (2 Pedro 1:21).

ÉXODO, una salida, deriva su nombre del hecho de que se ocupa principalmente en relatar la salida de los israelitas de Egipto, y los incidentes que precedieron inmediatamente así como los que siguieron a aquella memorable migración. La redacción del mismo por Moisés, se afirma distintamente por él (Exodo 24:4) como también por nuestro Señor (Marcos 12:26; Lucas 20:37). Además el completo conocimiento que manifiesta de las instituciones y costumbres de los antiguos egipcios y los minuciosos detalles geográficos de la marcha hasta Sinaí, establecen de la manera más clara la autenticidad de este libro.

LEVÍTICO.—Así llamado porque trata de las leyes relacionadas con el ritual, los servicios y sacrificios de la religión judaica, la superintendencia de los cuales era confiada al sacerdocio levítico. Sin embargo, son principalmente los deberes de los sacerdotes, “los hijos de Aarón”, los que describe este libro. Su pretensión de ser la obra de Moisés se establece por los pasajes siguientes: 2 Crónicas 30:16; Nehemías 8:14; Jeremías 7:22, 23; Ezequiel 20:11; Mateo 8:4; Lucas 2:22; Juan 8:5 Romanos 10:4; 13:9; 2 Corintios 6:16; Gálatas 3:12; 1 Pedro 1:16.

NÚMEROS.—Así se llama este libro por contener un relato de la enumeración y la colocación de los israelitas. La primera parte del mismo, capítulos 1 al 11, parece ser un suplemento de Levítico, pues se ocupa en relatar el nombramiento de los levitas a los oficios sagrados. El diario de la marcha por el desierto va en seguida hasta el capítulo 21:20; después de lo cual se relatan los primeros incidentes de la invasión. Sólo una cita directa de este libro (cap. 16:5) se hace en el Nuevo Testamento (2 Timoteo 2:19); pero referencias indirectas a él por los escritores sagrados posteriores, son muy numerosas.

DEUTERONOMIO, la *segunda ley*, título que claramente demuestra cuál es el objeto de este libro; es decir, una recapitulación de la ley. Se da en forma de discursos públicos dirigidos al pueblo; y, como Moisés hablaba con la perspectiva de su pronta partida del mundo, encareció la obediencia a ella con muchas apelaciones potentes a los israelitas, acerca de su larga y variada experiencia tanto de las misericordias como de los juicios de Dios. Las detalladas noticias de los pueblos paganos con los cuales llegaron a tener relaciones, quienes después desaparecieron

de las páginas de la historia, como también el relato de la fertilidad y los productos de Canaán, y los consejos respecto a la conquista de aquel país, fijan la fecha de este libro y el tiempo de su composición por la mano de Moisés. La conclusión, sin embargo, puede haber sido agregada por otro; y, más bien, algunos suponen que formaba el prefacio original al libro de Josué.

JOSUÉ.—El título de este libro se deriva del piadoso y valiente guía, cuyas hazañas relata, y quien, se supone, fué su autor. Las objeciones a esta idea se fundan principalmente en la frase “hasta hoy”, que se menciona varias veces (cap. 4:9; 6:25; 8:28). Pero esto, por lo menos en el caso de Rahab, no es razón válida para rechazar la idea de que él sea autor del libro; porque, suponiéndose, lo que es más probable, que este libro fuera compuesto hacia el fin de la larga carrera de Josué, o compilado de documentos escritos dejados por él, todavía habría podido estar viva Rahab. Una manera más sencilla y satisfactoria de explicar la frecuente inserción de la frase “hasta hoy”, es la opinión de que es un comentario introducido por Esdras, cuando revisó el sagrado canon: y quitada esta dificultad, las pruebas directas de que el libro fuera producido por un testigo de los acontecimientos en él relatados; las vívidas descripciones de las escenas sucesivas, y el uso de la palabra “nosotros” (cap. 5:1–6), visto junto con el hecho de que, después de su discurso de despedida al pueblo, Josué “escribió estas palabras en el libro de la ley de Dios”,— todo provee una prueba fuertemente presuntiva de que el libro entero fuese la obra de aquel eminente hombre. Su inspiración y autoridad canónica se establecen plenamente por los repetidos testimonios de otros escritores de las sagradas Escrituras (compárese cap. 6:26 con 1 Reyes 16:34; cap. 10:13 con Habacuc 3:11; cap. 3:14 con Hechos 7:45; 6:17–23 con Hebreos 11:30; cap. 2 con Santiago 2:25; Salmo 44:2; 68:12–14; 78:54, 55). Como relato de la fidelidad de Dios en dar a los israelitas posesión de la tierra prometida, esta historia es de lo más valioso, y lleva el mismo carácter como secuela del Pentateuco, así como los Hechos de los Apóstoles, de los Evangelios.

JUECES es el título dado a este libro, porque contiene la historia de aquellos dirigentes que no siendo reyes gobernaron a los hebreos desde el tiempo de Josué hasta el de Eli, y las funciones de los cuales en tiempo de paz consistían principalmente en la administración de la justicia, aunque en ciertas ocasiones dirigían al pueblo en sus guerras contra sus enemigos públicos. La fecha y el autor de este libro no se conocen exactamente. Es seguro, sin embargo, que antecedió al Segundo Libro de Samuel (comp. 9:35 con 2 Samuel 11:21), como también a la conquista de Jerusalén por David (comp. cap. 1:21 con 2 Samuel 5:6). Su autor fué, con toda probabilidad, Samuel, el último de los jueces (véase cap. 19:1; 21:25). La fecha de la composición de la primera parte se fija en el reinado de Saúl, mientras que los cinco capítulos finales, puede ser que no hayan sido escritos sino después que se estableció David como rey de Israel (véase cap. 18:31). Es una historia fragmentaria, siendo una colección de hechos importantes y de libramientos notables en tiempos distintos y en distintas partes del país, en el período intermedio de 300 años entre Josué y el establecimiento de la monarquía. El carácter inspirado de este libro está confirmado por alusiones al mismo en muchos pasajes de las Escrituras (comp. cap. 4:2; 6:14 con 1 Samuel 12:9–12; cap. 9:53 con 2 Samuel 11:21; cap. 7:25 con Salmo 83:11; cap. 5:4, 5 con Salmo 7:5; cap. 13:5; 16:17 con Mateo 2:13–23; Hechos 13:20; Hebreos 11:32).

RUT es correctamente un suplemento del libro anterior, al cual, en efecto, estaba añadido en el antiguo canon judío. Aunque relata un episodio del tiempo de los jueces, su fecha exacta no se conoce. Parece seguro, sin embargo, que no habría podido ser escrito antes del tiempo de Samuel (véase cap. 4:17–22), quien generalmente se supone habrá sido su autor; y esta opinión, además de otras razones sobre las cuales descansa, se confirma en el cap. 4:7, donde es evidente que la historia no fué compilada sino mucho tiempo después de los hechos relatados. La inspiración y autoridad canónica del libro son atestiguadas por el hecho de que el nombre de Rut es incluido por Mateo en la genealogía de nuestro Señor.

LOS LIBROS PRIMERO Y SEGUNDO DE SAMUEL.—Los dos estaban unidos en uno por los antiguos judíos, y en tal forma podía llamarse el Libro de Samuel con más razón que ahora, pues el Segundo Libro se ocupa completamente en relatar acontecimientos que no se efectuaron sino después de la muerte de aquel eminente juez. Por consiguiente, en la *Septuaginta* y la *Vulgata*, se llaman el Primero y Segundo Libros de los Reyes. La primera parte del Primer Libro, hasta el fin del capítulo veinticuatro, probablemente fué escrita por Samuel; mientras que lo restante de él, y todo el Segundo Libro, se atribuyen comúnmente a Nathán y a Gad, fundándose la opinión en 1 Crónicas 29:29. Los comentaristas, sin embargo, están divididos acerca de este punto, suponiendo algunos de ellos que lo dicho en el cap. 2:26; 3:1, indican la mano del juez mismo, o de un contemporáneo; mientras que algunos piensan, según los cap. 6:18; 12:5; 27:6, que la composición tiene que referirse a una época posterior. Es probable, sin embargo, que estas supuestas señales de un período posterior fuesen interpolaciones de Esdras. Pero esta incertidumbre respecto al autor no afecta la autoridad inspirada del libro mismo, la cual es indisputable, porque se cita en el Nuevo Testamento (Hechos 13:22; Hebreos 1:5), como también en muchos de los Salmos.

LOS LIBROS PRIMERO Y SEGUNDO DE REYES, en los antiguos ejemplares de la Biblia *Hebraea*, constituyen un libro. Se les han dado diversos títulos; en la *Septuaginta* y la *Vulgata* se llaman los Libros Tercero y Cuarto de Reyes. El autor de estos libros es desconocido; pero la opinión general es que fueron compilados por Esdras o por uno de los profetas posteriores, de antiguos documentos a los cuales se hace referencia frecuente en el curso de la historia como de autoridad pública y reconocida. Su carácter de inspirados era reconocido por la nación judaica que los consideraba como segundo canon; además, su carácter es atestiguado por nuestro Señor, quien frecuentemente los cita (comp. 1 Reyes 17:9; 2 Reyes 5:14 con Lucas 4:24–27; 1 Reyes 10:1 con Mateo 12:42).

LOS LIBROS PRIMERO Y SEGUNDO DE CRÓNICAS también eran considerados por los antiguos judíos como uno solo, quienes los llamaban “palabras de días”, es decir, diarios o jornales, siendo probablemente compilados

con datos de los registros que guardaban los historiógrafos de los reyes acerca de los acontecimientos diarios. En la *Septuaginta* el título dádoles es *Paraleipómenon*, “de cosas omitidas”, o sea, los libros eran suplementarios, porque muchas cosas inadvertidas en los libros anteriores, están registradas aquí; y no sólo son suplidas las omisiones, sino que algunos relatos son ampliados, y otros agregados. Como autor comúnmente se reconoce a Esdras, cuyo propósito principal parece ser el de mostrar la división de familias, posesiones, etc., antes del cautiverio, con miras a la restauración exacta del mismo orden después del regreso de Babilonia. Aunque muchas cosas son relatadas de nuevo, y otras son repeticiones exactas de lo que se contiene en Reyes, hay mucha información nueva e importante que, como dice San Gerónimo, las Crónicas proveen medios para comprender partes del Nuevo Testamento, que habrían sido ininteligibles sin ellas. Cristo y los apóstoles hacen referencias frecuentes a que forman parte de “la Palabra de Dios” (véanse las genealogías en Mateo cap. 1; Lucas 3; comp. 2 Crónicas 19:7 con 1 Pedro 1:17; 2 Crónicas 24:19–21 con Mateo 23:32–35).

ESDRAS, junto con Nehemías, era considerado como un solo libro por los antiguos judíos, quienes los llamaban el Primer Libro y Segundo Libro de Esdras, como todavía son llamados por los escritores católicos romanos. Este libro naturalmente se divide en dos partes o secciones; una sección, contenida en los seis primeros capítulos, relata las circunstancias del regreso del primer destacamento de desterrados babilónicos bajo Zorobabel con la consiguiente reedificación del templo y el restablecimiento del servicio divino. La otra parte, contenida en los cuatro capítulos restantes, cuenta el viaje de la segunda caravana de cautivos que regresaron bajo la dirección de Esdras mismo, quien venía investido de facultades para restaurar, en todo su esplendor, todo el sistema del ritual judaico. La opinión general de la iglesia, de siglo en siglo, ha sido la de que Esdras es el autor de este libro. La objeción principal se funda en el cap. 5:4, donde las palabras “entonces les dijimos”, etc., han causado la conjetura de que la primera porción del libro no fuese escrita por Esdras, quien no fué a Jerusalén sino muchos años más tarde. Pero un poco de atención mostrará lo fútil de esta objeción, porque las palabras en cuestión no se referían al escritor, mas fueron usadas por Tatnai y sus compañeros. El estilo y la unidad del objeto del libro prueban claramente que fué el producto de un solo escritor. La autoridad canónica del libro está bien establecida; pero otro libro bajo el nombre de Esdras es rechazado como apócrifo.

NEHEMÍAS parece haber sido el autor de este libro por el hecho de que generalmente escribe en su propio nombre, y excepto en aquellas porciones que son evidentemente ediciones posteriores y copiadas de documentos públicos, él emplea como regla general la primera persona. La porción mayor del libro se ocupa en la historia de los doce años de administración de Nehemías en Jerusalén, después de los cuales él volvió a sus deberes en Susán. Más tarde volvió a Jerusalén con nuevas facultades, y comenzó con medidas nuevas y vigorosas de reforma, las cuales se detallan en los últimos capítulos del libro.

ESTER deriva su nombre de la dama judía que, llegando a ser esposa del rey de Persia, empleó su influencia real para efectuar un memorable libramiento del perseguido pueblo de Dios. Existen varias opiniones acerca de quién sería el autor de este libro, atribuyéndolo algunos a Esdras, a Nehemías y a Mardoqueo. La preponderancia de autoridades está a favor del último. El carácter histórico del libro es evidente, puesto que, además de las evidencias internas, su autenticidad está probada por el fuerte testimonio de la fiesta de Purim, la celebración de la cual puede trazarse hasta los acontecimientos que son descritos en este libro. Pero la tradición uniforme tanto de los judíos como de los cristianos, apoya esta pretensión, que nada en el libro tiende a debilitar; siendo él una señal del cuidado vigilante de la Providencia Divina sobre su pueblo escogido, señal con la cual es de suma importancia que la iglesia sea asegurada. El nombre de Dios extrañamente está omitido, pero la presencia de Dios se siente a través de toda la historia; y todo el tono y la tendencia del libro están tan decididamente subordinados a la honra de Dios y a la causa de la verdadera religión, que ha sido generalmente recibido por la iglesia en todas las épocas como parte del sagrado canon.

PREFACIO A LOS LIBROS POÉTICOS

La poesía hebrea es única en su clase; en esencia, la más sublime; en forma, marcada por una sencillez y facilidad que fluyen de su sublimidad. “*El Espíritu del Señor habló* por el poeta hebreo, y su palabra ha sido en mi lengua” (2 Samuel 23:2). Aun la música se colocaba bajo la dirección de hombres espiritualmente dotados; y uno de los músicos principales, Hemán, se llama “el vidente del rey en las palabras de Dios” (1 Crónicas 25:1, 5). Se dice que el rey David *inventó instrumentos de música* (Amós 6:5). No hay en la poesía hebrea el ritmo artístico de la forma que aparece en la poesía clásica de Grecia y Roma, pero compensa ampliamente por esto su gracia y fresca naturalidad.

Aparecen ejemplares antiguos de la poesía hebrea, por ejemplo, la parodia de Lamec de la profecía de Enoc, o, como creen algunos, una lamentación por un homicidio cometido en aquellos días desordenados, en defensa propia. (Génesis 4:23; comp. Judas 14; Exodo 32:18; Números 21:14, 15, 17, 18, 27; 23:7, 8, 18; 24:3, 15). El elemento poético aparece mucho más en el Antiguo Testamento que en el Nuevo. Los *libros* poéticos son exclusivamente los del Antiguo Testamento; y en el Antiguo Testamento mismo, las porciones que son las más fundamentales (por ejemplo, el Pentateuco de Moisés, el legislador, en su cuerpo principal), son las que tienen en sí menos del elemento poético. Elías, padre de los profetas, está exento del arte poético. Los profetas siguientes no eran estrictamente poetas, excepto cuando el estado extático en la inspiración los elevaba a modos poéticos del pensamiento y la expresión. El profeta era más bien maestro inspirado que poeta. Es cuando el escritor actúa como representante de las *experiencias personales* de los hijos de Dios, cuando la poesía halla su esfera propia.

El uso de la poesía en las Escrituras fué particularmente para suplir la falta no provista por la ley, es decir, de *formas devocionales* para expresar en privado, y en el culto público, los *sentimientos* de los israelitas piadosos. Las escuelas de los profetas alentaban y difundían un espíritu religioso entre el pueblo; y los hallamos usando instrumentos líricos para acompañar sus actos de profetizar (1 Samuel 10:5). David, sin embargo, fué quien especialmente llevó las efusiones líricas de devoción a una perfección que no habían alcanzado antes.

Otro propósito al que la Salmódica, por las producciones inspiradas de David, servía, era hacer *salir de entre las formas típicas de los servicios legales su esencia y espíritus ocultos, adaptándolos a las variadas exigencias espirituales de la vida individual y congregacional*. La *Naturaleza* también en ellas se muestra hablando de la gloria y bondad del Dios invisible, aunque siempre presente. Se proveía al israelita un manual de devoción, por medio del cual podía entrar en el verdadero espíritu de los servicios del santuario, y así sentir la necesidad de aquel Mesías venidero, de quien testifica especialmente el Libro de los Salmos. Nosotros también, en nuestra dispensación cristiana, necesitamos su ayuda en nuestras devociones. Obligados como estamos, a pesar de nuestros privilegios superiores en muchos sentidos, a caminar por fe más bien que por vista en un grado mayor que ellos, hallamos en los Salmos, con sus expresiones que hacen real la sentida proximidad de Dios, el mejor repertorio de donde sacar un *lenguaje divinamente sancionado* con el cual expresar nuestras oraciones y acciones de gracias a Dios, y nuestras aspiraciones por una santa comunión con nuestros hermanos santos.

Acerca de la objeción presentada contra el espíritu de venganza que se respira en algunos Salmos, la respuesta es, que hay que hacer una amplia distinción entre el espíritu vengativo personal y el deseo de que el honor de Dios sea vindicado. La venganza personal, no sólo en otras partes de las Escrituras, sino también en los Salmos, en la teoría y en la práctica, es condenada (Exodo 23:4, 5; Levítico 19:8; Job 31:29, 30; Salmo 7:4, 5, 8, 11, 12; Proverbios 25:21, 22), lo que corresponde con la práctica de David en el caso de su enemigo implacable (1 Samuel 24:5, 6; 26:8–10). De la otra parte, el pueblo de Dios siempre ha deseado que, cualquier cosa que dañe la causa de Dios, como por ejemplo la prosperidad de los enemigos de Dios y de su iglesia, sea destruida (Salmo 10:12; 30:27; 40:16; 79:6, 10). Es bueno que nosotros también, en nuestra dispensación de amor, reavivemos la memoria por medio de estos Salmos de nuestras laxas opiniones en cuanto to al odio de Dios por el pecado; y de la necesidad que hay de que nosotros comprendamos bien la mente de Dios sobre tales puntos, al mismo tiempo que busquemos la conversión de todos los hombres a Dios (comp. 1 Samuel 16:1; Salmo 139:21; Isaías 66:24; Apocalipsis 14:10).

Algunos Salmos se componen de veintidós oraciones paralelas, o estrofas de versos, las que empiezan con palabras cuya letra inicial corresponde con las letras hebreas (veintidós) en su orden (Salmos 37 y 119). También Las Lamentaciones. Este arreglo era ideado como una ayuda a la memoria, y se halla únicamente en tales composiciones que tratan, no un tema distinto y progresivo, sino una serie de reflexiones piadosas, caso en que el orden preciso era de menos importancia. El Salmista, al adoptarlo, no lo sigue servilmente; mas, como en el Salmo 25, se desvía, para así hacer que la forma, cuando es necesario, se amolde al sentido. De estos poemas hay doce en toda la Biblia hebrea (Salmos 25, 34, 37, 111, 112, 119, 145; Proverbios 31:10–31; Lamentaciones 1, 2, 3, 4).

La gran excelencia del principio hebreo de versificación, es decir, el paralelismo, o “ritmo de pensamiento” (*Ewald*), es que, mientras que la poesía de todos los demás idiomas, cuya versificación depende de la regular repetición de ciertos sonidos, sufre considerablemente en la traducción, la poesía hebrea, cuyo ritmo depende de la correspondencia paralela de *pensamientos* similares, casi no pierde nada al ser traducida—habiéndolo provisto así el Espíritu Santo prescientemente para su final traducción a todas las lenguas, sin la pérdida del sentido. Así en nuestra versión castellana, Job y Salmos, aunque son traducciones, son eminentemente poéticas. Así también se da una clave al *sentido* de muchos pasajes, porque el sentido de la palabra en una cláusula se presenta más cabalmente en la palabra correspondiente en la siguiente cláusula paralela. En la puntuación Masorética del hebreo, el arreglo métrico se señala por los distintos acentos. Concuerdan con la divina inspiración de la poesía bíblica, que el *pensamiento* sea más prominente que la forma, el meollo de la nuez más que la cáscara. Hay un *ritmo verbal* superior al de la prosa; pero como está perdida la verdadera pronunciación hebrea, se reconoce sólo imperfectamente el ritmo.

La particularidad de la edad poética hebrea es que era *siempre histórica y verdadera, no mítica*, como las edades poéticas de todas las demás naciones. Otra vez, su poesía se distingue de la prosa por el uso de *términos decididamente poéticos*. El lamento de David por Jonatán proporciona una muestra hermosa de otro carácter distintivo hallado en la poesía hebrea, la *estrofa*: siendo señaladas las tres estrofas por la repetición tres veces de la endecha cantada por todo el cuerpo de cantores, que representan a Israel; la segunda, por niñas; la tercera, por un coro de varones jóvenes (2 Samuel 1:17–27).

La poesía lírica, que es el estilo predominante en la Biblia, y es especialmente concisa y sentenciosa, parece haber venido de una clase más antigua parecida al Libro de Proverbios que es más moderno (comp. Génesis 4:23, 24). La mente oriental tiene tendencia a incorporar el pensamiento con aforismos, máximas y proverbios. “La poesía de los orientales es una ristra de perlas. Cada palabra tiene vida. Cada proposición es la sabiduría condensada. Cada sentencia es sorprendente y epigramática.” (*Kitto, Biblical Cyclopaedia.*) Somos llevados a la misma conclusión por ser usado el término *Maschal*, “proverbio” o “similitud” para designar la *poesía en general*. “La poesía hebrea, en su origen, era una pintura al ojo, una parábola o enseñanza por medio de semejanzas descubiertas por la mente popular, expresada en la lengua popular, y adoptada y pulida por el poeta nacional.” Salomón, bajo la inspiración, incorporaría en sus Proverbios tales de los dichos sabios preexistentes cuales fueran sancionados por el Espíritu de Dios.

El título hebreo para los Salmos, *Tehilim*, quiere decir *himnos, alabanzas gozosas* (a veces acompañados por danzas. Exodo 15; Jueces 5), que no responde exactamente al título de *Septuaginta, Salmo, u odas líricas*, o cánticos acompañados por algún instrumento. El título *Tehilim*, “himnos”, fué adoptado probablemente por causa del *uso hecho de los Salmos en el servicio divino*, aunque sólo una parte puede llamarse estrictamente cánticos de alabanza, siendo otros *endechas*, y muchísimos son *oraciones* (de suerte que en el Salmo 72:20, David intitula todas sus composiciones anteriores “las oraciones de David”). Sesenta y cinco llevan el título *odas líricas* (Mizmorim), mientras que uno se llama *Tehilah*, o *Himno*. Como el título Salmos se usa en la Septuaginta y en el Nuevo Testamento, como también en la versión *Peshitta*, es probable que Salmos (Mizmorim) u *odas líricas* fuera el viejo título antes de *Tehilim*.

La poesía *épica*, como tiene su esfera propia en una edad mítica, heroica, no tiene lugar entre los hebreos de la edad del Antiguo Testamento. Porque en sus épocas más tempranas, la patriarcal, reinaban *no la fábula*, como en Grecia, Roma, Egipto y todas las naciones paganas, sino *la verdad y la realidad histórica*; hasta tal punto, que el elemento poético que es producto de la imaginación, se halla menos en aquellas épocas tempranas que en las edades posteriores. El Pentateuco es casi todo prosa histórica. En la edad subsiguiente, no inspirada, en el libro de Tobit tenemos algún acercamiento al *Epos*.

El *Drama*, en el sentido moderno completo, tampoco se halla en la literatura hebrea. Esto se debe no a una falta de cultura intelectual, como está demostrado ampliamente por la sublime excelencia de su poesía lírica y didáctica, sino al carácter serio del pueblo y a la solemnidad de los temas de su literatura. El elemento dramático aparece en Job, más que en cualquier otro libro de la Biblia; hay *dramatis personae*, un plan, y la solución del plan en el discurso preparado por Eliú, el cuarto amigo, y efectuada dicha solución por la intervención de Jehová mismo. Pero en sentido estricto no es un drama, sino más bien un debate inspirado sobre un problema difícil del gobierno de Jehová ejemplificado en el caso de Job, con relato histórico, prólogo y epílogo. El Cantar de Cantares también tiene mucho de lo dramático. Véase mis *Introducciones* a Job y el Cantar de Cantares. El *estilo* de muchos Salmos es muy dramático, apareciendo a menudo transiciones de una persona a otra, sin introducción, y especialmente cuando se habla indirectamente de Dios, se hace un cambio para dirigirse a Dios; así en el Salmo 32:1, 2, David hace una introducción general, “Bienaventurado aquel cuyas iniquidades son perdonadas,” etc.; entonces en los vers. 3–7 pasa a dirigirse directamente a Dios; luego en el v. 8, sin prefacio se introduce a Dios hablando directamente en respuesta a la oración anterior; entonces en el v. 10, otra vez el autor vuelve a hablar indirectamente de Dios, y al final se dirige a los justos. Estos cambios repentinos de persona no nos sorprenden, mas nos dan un sentido más claro de su trato habitual con Dios, de lo que podrían hacer las afirmaciones cualesquiera. Compárese también en el Salmo 132:8–10, la oración, “Levántate, oh Jehová, a tu reposo; tú y el arca de tu fortaleza. Tus sacerdotes se vistan de justicia, y regocíjense tus santos. Por amor de David tu siervo no vuelvas de tu unguido el rostro,” con la respuesta directa de Jehová, que sigue en casi las mismas palabras de la oración, “En verdad juró Jehová a David,” etc. “Este es mi reposo para siempre. Asimismo visitaré a sus sacerdotes de salud, y sus santos darán voces de júbilo.” Así también en el Salmo 2, se introducen varios personajes, obrando y hablando dramáticamente: las naciones confederadas, Jehová, el Mesías y el salmista.

Un rasgo frecuente es la *sucesión alternada de partes*, adaptándose los varios Salmos a la recitación alternada por dos *semi coros* en la alabanza del templo, seguidos por el *coro completo* entre las partes y al final. Así es en el Salmo 107:15, 21, 31. De Burgh, en su valioso comentario sobre los Salmos, dice: “Nuestro servicio de catedral ejemplifica la forma de cantar de los Salmos, excepto que el *semi coro* canta alternativamente un *verso entero*, en vez de alternar, como de antiguo, en el *medio verso*; mientras que el *coro completo* es la ‘gloria’ al final de cada Salmo.”

En conclusión, además de su especial punto de excelencia, su divina inspiración, la poesía hebrea se caracteriza por ser esencialmente nacional, pero eminentemente católica o universal, hablando al corazón y a la sensibilidad de la humanidad entera. Simple y espontánea, se distingue por una frescura natural que es el resultado de su genuina veracidad. El poeta hebreo no buscaba su “ego”, o su propia fama, como todos los poetas paganos, mas era inspirado por el Espíritu de Dios para llenar una necesidad urgente que sus propias aspiraciones y las de su nación hacia Dios, hacían al mismo tiempo una necesidad y un deleite. Véase 2 Samuel 23:1, 2: “Dijo David ... el suave en cánticos de Israel: El Espíritu de Jehová ha hablado por mí,” etc.

Ewald con razón observa, que varias odas de la más elevada excelencia poética, no están incluidas en el libro de los Salmos (por ejemplo, los cánticos de Moisés, Exodo 15 y 32; de Débora, Jueces 5; de Anna, 1 Samuel 2:1–10; de Ezechías, Isaías 38:9–20; de Habacuc, Habacuc 3; y aun la endecha de David por Saúl y Jonathán, 2 Samuel 1:17, 18). La selección de los Salmos, reunidos en un libro, fué hecha no tanto con referencia a la hermosura de las piezas, como por su adaptación para el culto público. Sin embargo, un Espíritu dirigente ordenó la selección y el arreglo del contenido del libro, pues un tono y tema penetrantes aparecen al través de todo: Cristo en su propia vida interior como el Dios hombre, en sus relaciones pasadas, presentes y futuras con la iglesia y con el mundo. Isaac Taylor llama a los Salmos, “La liturgia de la vida espiritual”; y Lutero, “Una Biblia en miniatura.”

El *principio del orden* en que se nos presentan los Salmos, aunque no siempre manifiesto, en algunos casos es claro, y demuestra que el arreglo es sin duda la obra del Espíritu, y no meramente la del compilador. Así el Salmo 22 claramente presenta las agonías morales del Mesías; el Salmo 23, su descanso tranquilo en el Paraíso después de su muerte en la cruz; y el Salmo 24, su ascensión gloriosa al cielo.

INTRODUCCIÓN A LOS LIBROS PROFÉTICOS

La segunda división de las Escrituras, siendo las otras la Ley y Hagiógrafos. Incluía esta segunda división Josué, Jueces, Primero y Segundo de Samuel, Primero y Segundo de Reyes, llamados los *Profetas Primeros*; e Isaías, Jeremías, etc. hasta Malaquías, los *Profetas Posteriores*. Daniel está excluido, porque, aunque altamente dotado de dones proféticos, él *no había llenado el oficio de profeta*; su libro pues está clasificado con los Hagiógrafos. Esdras tal vez empezó, y otros más tarde completaron, el arreglo del canon. Los profetas no eran meros pronosticadores. Su nombre *hebreo*, *Nabf*, proviene de una raíz de *brotar como una fuente* (Gesenius); de ahí el fervor de la inspiración, 2 Pedro 1:21 (otros lo interpretan como de una raíz *arábiga*, Exodo 4:16, interlocutor, el que habla en nombre de Dios, supliéndole las palabras el Espíritu Santo); comunicadas por *sueños*, Joel 2:28, Job 33:14–17 (ningún caso de esto aparece en Isaías); o *visiones*, haciéndose pasar la escena ante su mente (Isaías 1:1); o *rapto*, éxtasis (Números 24:4, 16; Ezequiel 1:3; 3:14); sin privarlos a ellos, sin embargo, de su libre actuación consciente (Jeremías 20:7, 9; 1 Corintios 14:32).

Estas formas peculiares de inspiración distinguían a los *profetas*, estrictamente llamados así, de Moisés y otros inspirados (Números 12:6–8). De ahí su nombre *veedores*. De ahí, también el molde poético de su estilo, aunque menos restringido, debido a su tendencia práctica, en las formas externas observadas en los libros poéticos. De ahí, también, la unión de la música con el acto de profetizar (1 Samuel 10:5). Este estado extático, aunque elevado, no es el más alto; porque Jesucristo nunca estuvo en él, ni Moisés. Se hacía necesario por la debilidad de los profetas, y la torpeza espiritual del pueblo. Por consiguiente, este estado predomina en el Antiguo Testamento, pero está subordinado en el Nuevo, donde el Espíritu Santo por la plenitud de sus dones ordinarios hace menos necesario el extraordinario. Después del tiempo de la economía mosaica, la idea de profeta se asociaba regularmente con el oficio o cargo profético, no conferido por los hombres sino por Dios. En esto ellos difieren de los místicos, cuya pretendida inspiración es por ellos mismos; el profetismo es *práctico*, no iluso y apartado; la inspiración de los profetas es propia sólo como los mensajeros de Dios al pueblo. Los siervos ordinarios y maestros *regulares* del pueblo eran los sacerdotes: los profetas, distinguidos de ellos por la inspiración, eran designados para *despertar y excitar*. En Israel, sin embargo, a diferencia de Judá, como no había verdadero sacerdocio, los únicos profetas eran los ministros *ordinarios* de Dios. La profecía en Israel necesitaba ser apoyada más poderosamente y entonces las “escuelas” fueron establecidas; y más hazañas proféticas llamativas (por ejemplo, las de Elías y Eliseo) son recordadas en Israel que en Judá. La ley era su base (Isaías 8:16, 20), tanto en su forma como en su espíritu (Deuteronomio 4:2, 13:1–3); a veces ellos miraban hacia adelante al día cuando su espíritu siempre viviente rompería su forma imperfecta de entonces a favor de un desarrollo más libre y perfecto (Jeremías 3:16; 31:31); pero ellos no cambiaron ni un tilde en sus días.

Eichorn bien llama al cántico de Moisés (Deuteronomio 32) la Magna Carta de la profecía. El cumplimiento de sus predicciones había de ser la *señal* de que eran ellos verdaderos profetas de Dios (Deuteronomio 18:22). También lo era el que ellos no hablaran en el nombre de ningún otro que no fuera el verdadero Dios (Deuteronomio 18:20). La profecía era la única indulgencia sancionada por el vehemente deseo de conocer acontecimientos futuros, el cual es tan común en Oriente (Deuteronomio 18:10, 11). Para una inspiración momentánea el mero comienzo de la vida espiritual bastaba, como en el caso de Balaam; pero para una misión continua, el profeta tenía que ser convertido (Isaías 6:7). En los días de Samuel (1 Samuel 10:8; 19:20) empiezan las “escuelas” proféticas. Estas eran asociaciones de hombres, más o menos *dotados del Espíritu*, en las cuales los más débiles eran ayudados por los de poderes espirituales más grandes: como en Beth-el y Gilgal (2 Reyes 2:3; 4:38; 6:21). Únicamente los dirigentes estaban en comunión inmediata con Dios, mientras que los demás se unían a Dios mediante su meditación (1 Reyes 19:15; 2 Reyes 8:13); aquéllos obraban por medio de éstos como instrumentos (1 Reyes 19:16; 2 Reyes 9:1, 2). La concesión de los dones proféticos, sin embargo, no se limitaba a estas escuelas (Amós 7:14, 15).

En cuanto a ACCIONES SIMBÓLICAS, muchas de ellas no eran *reales* sino solamente partes de las *visiones proféticas*, hechos internos, no externos, siendo imposibles o indecorosos (Jeremías 13:1–10; 25:12–38; Oseas 1:2–11). Sin embargo, las acciones internas, cuando era posible y propio, eran a menudo expresadas exteriormente (1 Reyes 22:11). Aquellas puramente internas expresan el tema más fuertemente de lo que pudiera una afirmación seca.

Otros CRITERIOS de un verdadero profeta, a más de los dos mencionados arriba, eran: *conformidad de sus discursos con la ley*; el que *no prometiera prosperidad sin arrepentimiento*; su *propia seguridad de su misión divina* (a veces recibida de mala gana, Jeremías 20:8, 9; 26:12), el *producir aquella seguridad interna de la verdad en otros*, lo que era para ellos una prueba más segura de parte del Espíritu de Dios, que aun los milagros externos y argumentos; su vida piadosa, su fortaleza en el sufrimiento, exención del fanatismo, confirman estos criterios. Los milagros, aunque son pruebas, no han de ser creídos, sin los criterios negativos (Deuteronomio 13:2). Las predicciones cumplidas

durante la vida del profeta, establecían su autoridad desde allí en adelante (1 Samuel 3:19; Jeremías 22:11, 12; Ezequiel 12:12, 13; 24).

En cuanto a su PROMULGACIÓN, era generalmente oral, ante el pueblo reunido, y después revisada por escrito. La segunda parte de Isaías, y Ezequiel 40–48, probablemente no fueron dadas oralmente, sino por escrito. Antes del tiempo de Isaías y sus contemporáneos, las profecías no eran *escritas*, porque no se destinaban al uso universal. Pero ahora se abre un campo más extenso. Al poder mundano de las naciones paganas, que amenazaban destruir la teocracia, desde allí en adelante se opone el reino de Dios, el cual estaba por conquistar a todos por medio del Mesías, cuya venida concierne a todas las edades. Los profetas menores dan la quintaesencia de sus respectivos autores. Ocurre un caso de la manera de juntar y publicar las profecías (Jeremías 36:4–14). Las de los profetas posteriores descansan sobre las de los anteriores (Zacarías 1:4; 7:7, 12). *Ewald* supone que un gran número de rollos proféticos ha sido perdido. Pero el hecho de que los profetas frecuentemente hacían alusión a los escritos que tenemos, y nunca a los que se puede probar que no tenemos, hace probable que ya tengamos todas las predicciones que fueron dadas por escrito; el cuidado dado de ellas, y el conocimiento exacto de las mismas mucho tiempo después (Jeremías 26:18, 19), confirman esta opinión.

La COLOCACIÓN es cronológica; pero como los doce profetas menores son considerados como una sola obra, y los tres últimos de éstos vivieron más tarde que Jeremías y Ezequiel, los primeros están colocados después de los últimos. Los profetas menores están arreglados en orden cronológico, excepto Oseas, que siendo el más largo, está puesto primero, aunque algunos eran anteriores a él: también Jonás, quien parece haber sido el primero de los *profetas posteriores*.

En cuanto al Mesías, ningún profeta por sí solo da una vista completa de él. Esta se compone de los diversos aspectos de él en profecías diferentes combinadas; así como su vida en los Evangelios es una sola bajo un aspecto cuádruplo. En la primera parte de Isaías, dirigida a todo el pueblo, la idea prominente es su triunfo como Rey, siendo el propósito allí el disipar sus temores de las naciones circundantes; en la segunda, dirigida al resto elegido, se presenta como Profeta y Sacerdote, siendo él mismo el sacrificio.

PREFACIO A LOS PROFETAS DE LA RESTAURACIÓN

El *don* profético existía mucho tiempo antes que fuera instituido el oficio o *cargo* de profeta. Así Enoc tenía el don (Judas 14). También Abraham se llama “profeta” (Génesis 20:7), como también los patriarcas (Salmo 105:15). Se instituyó el cargo primero bajo la economía mosaica; pero aun entonces el *don* no siempre estaba unido con el cargo; por ejemplo, Daniel estaba grandemente dotado, pero nunca fué llamado al oficio, pues vivía en una corte pagana donde no habría podido ejercerlo. Así también David (Mateo 13:35; 27:35). Por esto, los escritos de ambos están colocados en los Hagiógrafos, y no con los profetas. Además, aunque el oficio o puesto cesó con el final de la dispensación del Antiguo Testamento, el don continuó, y estuvo entre los principales carismas de la iglesia del Nuevo Testamento. *Profeta* (en hebreo de una raíz, “brotar como una fuente”) quería decir uno que habla en nombre de otro (Exodo 7:1); esto es, uno que hablaba con autoridad por Dios como intérprete de su voluntad. *Vidente* era el término más antiguo (1 Samuel 9:9), lo que da a entender que hablaba mediante una comunicación divina *presentada a sus sentidos o su mente*; como “profeta” indicaba su *autoridad* como que hablaba por Dios.

Cristo era la única fuente de la profecía (1 Pedro 1:11; Apocalipsis 19:10; también Hechos 16:7, la lección más antigua decía “Espíritu de Jesús”), y declaraba la voluntad de Dios a los hombres por medio de su Santo Espíritu que obraba en las mentes de los profetas. Así la historia de la iglesia es la historia de la revelación que Dios hacía de sí mismo a los hombres en su Hijo. Las tres divisiones de esta historia, la Dispensación Patriarcal, la Mosaica y la Cristiana, se caracterizan cada una por un modo distinto de las manifestaciones de Dios—es decir, por una forma distinta del don profético. El modo *teofánico* caracteriza a la dispensación patriarcal: Dios se revela a sí mismo en *apariencias visibles*, o *teofanías*. El modo *teopnéustico*, la mosaica: Dios se revela por medio de *hombres divinamente inspirados*. El modo *teológico*, la cristiana: Dios se revela a sí mismo, no meramente a intervalos, sino permanentemente, por *escritos inspirados* (“los oráculos de Dios,” 1 Pedro 4:11).

En la *primera* o *edad patriarcal*, los hombres no obran milagros, a diferencia de todas las demás historias primitivas, que abundan en milagros obrados por los hombres, como prueba de la autenticidad. Todos los milagros son obrados por Dios, sin la intervención de hombres; y las comunicaciones divinas son generalmente expresiones directas, de suerte que el don profético es raro, pues en esta dispensación sólo excepcionalmente Dios emplea la agencia profética de hombres; sólo en Génesis 20:7, se halla el término “profeta”. En la *segunda*, o *dispensación mosaica*, Dios se aleja más de las comunicaciones directas con la humanidad, y se manifiesta por medio de instrumentos humanos. En vez de obrar Dios milagros *directamente*, Moisés, Josué, etc., son sus agentes. Así también en sus comunicaciones él habla no directamente, sino por medio de Moisés y sus sucesores. La teocracia necesitaba una nueva forma del don profético: *Hombres divinamente inspirados (teopnéusticos)* tienen que obrar y hablar por Dios, Cabeza de la teocracia, como administradores de él; el *don* profético, pues, ahora se une con el *cargo* profético. De consiguiente, estas profetas son profetas que *obran*, no *escriben*. Estos sólo aparecen en las edades posteriores de esta segunda dispensación. Moisés *obra* como legislador; Josué, los jueces y Samuel como profetas ejecutivos; David y Salomón como profetas *devocionales*. Aun en caso de los profetas escritores de la última mitad de la dispensación mosaica, su deber *primario* era el de hablar y obrar. Sus escritos tenían referencencia más al uso de la dispensación del Nuevo Testamento que a la suya propia (1 Pedro 1:12). De modo que aun en el caso de ellos, el carácter de la dispensación mosaica era *teopnéustico*; antes que *teológico*. La *tercera*, o dispensación cristiana, es *teológica*, es decir, una revelación de Dios por medio de *escritos* inspirados; 1 Pedro 4:11; 2 Pedro 1:16–21, donde hace contraste entre “los tiempos pasados” cuando “los santos hombres de Dios *hablaron* siendo inspirados del Espíritu Santo”, con los tiempos nuestros, cuando “tenemos la palabra profética más permanente”. De modo que Dios ahora revela su voluntad, no por *teofanías* directas como en la primera dispensación ni por *hombres inspirados*, como en la segunda, sino por la *palabra escrita*, que *vive* y *permanece* para siempre (en contraste con las inconstantes manifestaciones de Dios, y con la discontinuación en la vida de los profetas, bajo las dos dispensaciones anteriores respectivamente, 1 Pedro 1:23; 2 Pedro 3:2, 16). La forma próxima futura será el retorno de las manifestaciones teofánicas sobre la tierra, en una forma más perfecta y permanente que en la edad primera (Apocalipsis 21:3).

La historia del cargo profético bajo la dispensación mosaica cae dentro de tres divisiones. La primera termina con la edad de Samuel, y no tiene una sucesión regular de profetas, no haciendo falta éstos, mientras *Dios mismo* gobernaba al pueblo sin ejecutivo hereditario. El segundo período se extiende desde Samuel hasta Uzzías, 800 A. de C., y es la edad de los profetas de acción. Samuel reunía en sí los tres elementos de la teocracia, siendo juez, sacerdote y profeta. La creación de un rey humano hizo que el cargo formal de profeta fuese más necesario como un contrapeso al rey. De modo que la edad de los reyes es también la edad de los profetas. Pero a esta altura ellos eran profetas de

acción antes que escribas. Hacia el final de este segundo período, las profecías devocionales y mesiánicas de David y Salomón prepararon el camino para el tercer período (de 800 A. de C. a 400 A. de C.), que empezó bajo Uzzías, y que era la edad de la profecía escrita. En este tercer período los profetas se vuelven del tiempo presente al futuro, y así el elemento mesiánico llega a ser más distinto. De modo que en estos tres períodos más cortos, los grandes rasgos de las tres grandes dispensaciones vuelven a aparecer. El primero es *teofánico*; el segundo, *teopnéutico*, y el tercero, *teológico*. De la misma manera las grandes leyes orgánicas del mundo reaparecen en departamentos más pequeños: la ley del árbol se desarrolla en formas diminutas en la estructura de la hoja, y la curva de la órbita del planeta reaparece en la línea trazada por la bala de cañón que ha sido proyectada. (Moore.)

Samuel probablemente estableció reglas que daban forma permanente al orden profético; por lo menos en su tiempo ocurre la primera mención de “escuelas de los profetas”. Estas estaban todas cerca una de otra, y en la tribu de Benjamín, en Beth-el, Gilgal, Rama y Jericó. Si hubiese sido el profeta un mero relator de acontecimientos futuros, tales escuelas habrían sido inútiles. Pero él era también el representante de Dios para asegurar la debida ejecución del ritual mosaico en su pureza; de ahí surgió la necesidad de escuelas en donde se estudiara aquella institución divinamente ordenada. Las más veces Dios elegía sus profetas de entre los educados en estas escuelas, aunque no siempre; como lo prueban los casos de Amós (Amós 7:14) y Eliseo (1 Reyes 19:9). El hecho de que los hombres más humildes pudieran ser llamados al cargo profético, obraba como obstáculo al poder hereditario de los reyes, y como estímulo para que se buscaran las cualidades necesarias para tan exaltado cargo. Los Salmos mesiánicos, hacia el fin del segundo período, forman la transición entre los profetas de *acción* y los profetas de la *palabra*, entre los hombres que se ocupaban sólo con el tiempo presente y los que miraban desde el presente al porvenir glorioso.

El tercer período, el de Uzzías hasta Malaquías, incluye tres clases de profetas: 1. Los de las diez tribus; 2. Los de los gentiles; 3. Los de Judá. Naturalmente ellos se juntaban alrededor de la sede de la teocracia en Judá. Por este motivo los de las diez tribus eran las más veces profetas de acción. En la segunda clase están Jonás, Nahum y Abdías, los cuales eran testigos de la autoridad de Dios sobre el mundo gentil, como otros testificaban de la misma cosa en la teocracia. La tercera clase, los de Judá, tienen más amplitud de vista y un tono más lleno de esperanza y gozo. Estas caen bajo cinco divisiones: 1. *Los que moraban en Judá en el punto culminante de su grandeza* durante su estado de separación de Israel; es decir, el siglo entre Uzzías y Ezequías, años 800 a 700 A. de C., los profetas Isaías, Joel y Miqueas. 2. El período de *decadencia* de Judá, desde Manasés a Sedecías; los profetas Sofonías y Habacuc. 3. *La cautividad*: profeta Jeremías. 4. *El exilio*, cuando el porvenir era la única esperanza que podía avistarse; profetas Ezequiel y Daniel, que son principalmente profetas del porvenir. 5. *La restauración*; período al cual pertenecen los últimos profetas escritores del Antiguo Testamento: Hageo, Zacarías y Malaquías. Juan el Bautista mucho después, pertenecía a la misma dispensación, pero no escribió nada (Mateo 11:9–11); como Elías, Juan era profeta de acción y predicación, preparando el camino para los profetas de la *palabra*, como Juan lo preparó para la Palabra Encarnada.

Para entender el espíritu de la enseñanza de cada profeta hay que considerar su posición histórica y las circunstancias del tiempo. El cautiverio tenía por propósito extirpar la tendencia de los judíos hacia la idolatría, y restaurar el espíritu teocrático que reconocía a Dios como gobernante único, y las instituciones mosaicas como su ley establecida por un tiempo, hasta que viniera el Mesías. De modo que los profetas de la restauración son mejor ilustrados mediante una comparación con las historias de Esdras y Nehemías, contemporáneos de Malaquías.

De los tres profetas de la restauración, dos, Hageo y Zacarías, están en el principio del período, y el otro, Malaquías, a su final. El exilio no fué una sola deportación del pueblo, sino una serie de deportaciones que se extendieron por un siglo y medio. Igualmente la restauración no fué completada de una vez sino en regresos sucesivos extendidos por un siglo. Por esto se nota una diferencia de tono entre Hageo y Zacarías en el principio y de Malaquías al final. El primer regreso se efectuó en el primer año de Ciro, año 536 A. de C.; 42,360 personas regresaron bajo Sesbassar o Zorobabel y Jesuá (Esdras 2:64). Ellos edificaron un altar, y echaron los cimientos del templo. Fueron interrumpidos por las falsas representaciones de los samaritanos, y la obra fué suspendida durante catorce años. La muerte de Esmerdis dió oportunidad para renovar la obra, setenta años después de la destrucción del primer templo. Este fué el tiempo cuando se levantaron Hageo y Zacarías. Aquél para animar a la inmediata reedificación del templo y la restauración del ritual mosaico, y éste para ayudar en la obra y revelar el gran porvenir de la teocracia como un aliciente a la obra presente. La imposibilidad de observar el ritual mosaico en el destierro, generó una indiferencia antiteocrática a ella entre los jóvenes quienes eran extraños al culto de Jerusalén, del cual la nación había sido separada por más de medio siglo. Además, la vistosa pompa de Babilonia tendía a hacer que ellos despreciaran los humildes ritos del culto a Jehová en aquel tiempo. Por este motivo hacían falta un Hageo y un Zacarías para que corrigiesen estos sentimientos manifestando la verdadera gloria de las instituciones teocráticas.

La siguiente gran época de la restauración fué el regreso de Esdras, en el año 458 A. de C., ochenta años después de la primera expedición bajo Zorobabel. Trece años más tarde, en el año 445 A. de C., vino Nehemías para ayudar a Esdras en la gran obra. Ahora fué cuando se levantó Malaquías para secundar estas obras, tres cuartos de siglo después de Hageo y Zacarías. Como la obra de ellos era la de *restauradores*, la de él fué la de un *reformador*. Las propiedades de muchos habían quedado hipotecadas, y la depresión de las circunstancias llevó a muchos a un espíritu escéptico en cuanto al servicio de Dios. No sólo dejaron el culto del templo, mas tomaron esposas paganas, para perjuicio de sus esposas judías y deshonra de Dios. Por esta razón, además de la corrección de los abusos *civiles* y la reedificación del muro, efectuada por los esfuerzos de Nehemías, hacía falta un reformador *religioso* tal como lo era Esdras, quien reformó los abusos eclesiásticos, estableció sinagogas, donde una enseñanza regular de la ley

podría ser recibida; restableció la observancia del sábado y la Pascua y la dignidad del sacerdocio, y generó una reverencia por la ley escrita, que más tarde llegó a ser una superstición. Malaquías ayudó en esta buena obra, dándole su autoridad profética. Cuán cabalmente fué efectuada la obra, se prueba por el cambio completo en el carácter nacional. Antes siempre propensos a la idolatría, desde el cautiverio en adelante la aborrecieron. Antes amantes del gobierno monárquico, ahora llegaron a ser sumisos al gobierno sacerdotal. Antes negligentes de la Palabra escrita, ahora la miraban con una reverencia que a veces lindaba con la superstición. Antes amantes de las alianzas extranjeras, después se apartaban con horror de todos los extranjeros. Una vez amantes de la agricultura, ahora vinieron a ser un pueblo de comerciantes. De pueblo voluble antes, ahora llegaron a ser fanáticos y nacionalmente intolerantes. De esta manera la restauración de Babilonia moldeó el carácter nacional más que ningún acontecimiento desde el éxodo de Egipto.

Ahora desaparece la distinción entre Judá y las diez tribus. Así en el Nuevo Testamento se menciona a las diez tribus (Hechos 26:7; Santiago 1:1). El sentimiento teocrático generado en la restauración atrajo a toda la nación escogida alrededor del asiento de la teocracia, metrópoli de la verdadera religión, Jerusalén. Malaquías tendía a fomentar este sentimiento; así su profecía, aunque dirigida al pueblo de Jerusalén, se llama “la palabra de Jehová a Israel”.

El largo silencio de profetas desde Malaquías hasta el tiempo del Mesías, era lo que se necesitaba para despertar en la mente judía el deseo más ardiente por Aquel que había de sobrepasar infinitamente en palabra y en obras a todos los profetas, precursores de él. Los tres profetas de la restauración, siendo los últimos del Antiguo Testamento, son especialmente claros en señalarlo a él, quien, como el gran tema del Nuevo Testamento, había de cumplir todo el Antiguo Testamento.

 EDITORIAL
**MUNDO
HISPANO**
CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES
www.editorialmundohispano.org
03002

Estudios Bíblicos/Estudios del A.T./General

ISBN - 0 - 311 - 03002 - 5
ISBN - 978 - 0 - 311 - 03002 - 6



9 780311 030026

